

JOSÉ MARÍA DE COSSÍO

- De la Real Academia Española -

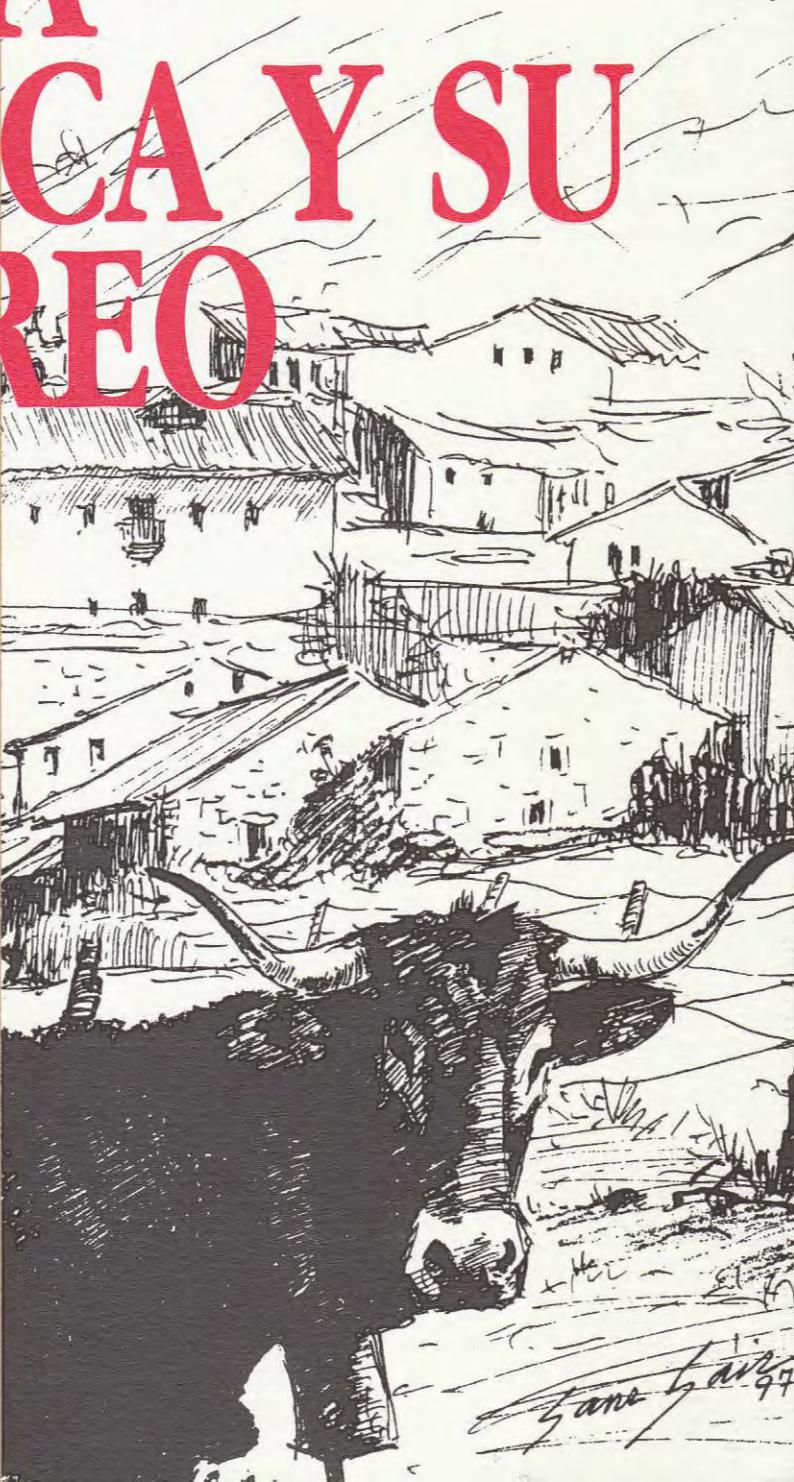
LA VACA TUDANCA Y SU PASTOREO

(TEXTO INÉDITO)

TORRELAVEGA

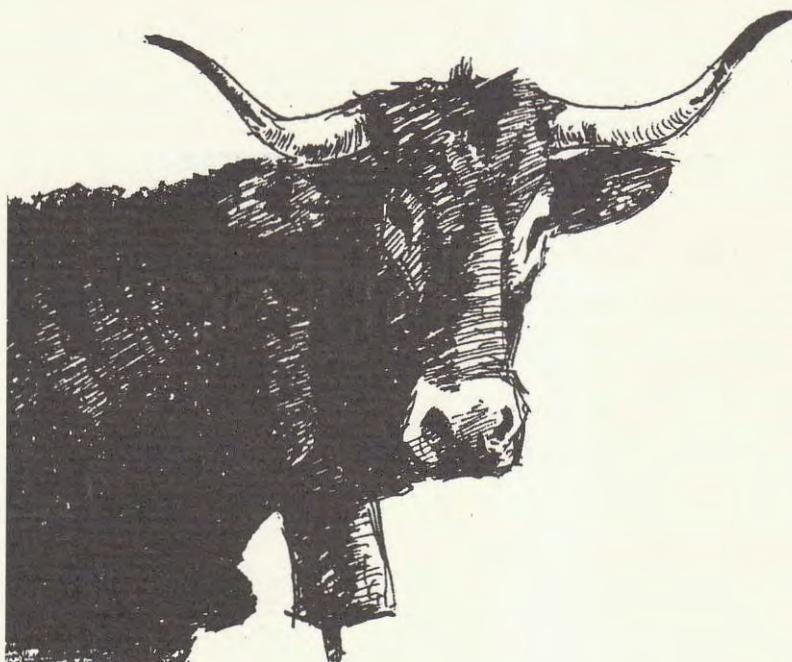
Servicios Veterinarios de
Cantabria, S.A.

1997



LA VACA TUDANCA Y SU PASTOREO

Edita: Servicios Veterinarios de Cantabria, S.A.
Diseño e Ilustraciones: Julio San Sáiz
Fotocomposición e Impresión: Gráficas Eduardo
c/ Marqueses de Valdecilla y Pelayo, 2
TORRELAVEGA
© Transcripción, introducción y notas: Rafael Gómez de Tudanca
© Herederos de José M^a de Cossío
Depósito legal: SA - 516 - 1997
Printed in Spain
Impreso en España por Gráficas Eduardo



José María de Cossío
LA VACA TUDANCA Y SU PASTOREO

- TEXTO INÉDITO -

Se agradece a la Consejería de Cultura y Deporte del Gobierno de Cantabria el patrocinio que ha hecho posible la publicación de esta conferencia y las facilidades prestadas para la edición de los textos inéditos de José M^a de Cossío, pertenecientes al Archivo de la Casona de Tudanca. Asímismo se agradece a la Consejería de Ganadería, Agricultura y Pesca su colaboración.



INTRODUCCION



Al cumplirse los veinte años de la muerte del académico de la Lengua D. José M^a de Cossío y Martínez-Fortún, aparece esta edición-homenaje de los Servicios Veterinarios de Cantabria, S.A., publicando un texto inédito del último hidalgo de Tudanca.

El autor del más célebre tratado técnico e histórico del mundo taurino ha de ser siempre rememorado con gratitud y con legítimo orgullo, por los ganaderos de Cantabria y por todas las corporaciones relacionadas con la ganadería. En la Égloga *Filis* de Lope de Vega se nos advierte de la nobleza de estos sentimientos que indudablemente han estimulado esta preciosa publicación:

La vida se perdona al homicida,
y aun el honor, con ser de tanto precio;
pero la ingratitud jamás se olvida.

Ante el hallazgo de este original entre los papeles de Cossío de la Casona de Tudanca, nos pareció de sumo interés la oportunidad de darle a la imprenta. Más que un estudio del origen y desarrollo de la ganadería montañesa, el ilustre autor escribió una dissertación sobre la vaca de raza tudanca y su pastoreo. Un asunto peculiar y específico, que fue siempre muy conocido y experimentado personalmente por el mismo señor de la Casona. Hasta los años de la guerra civil española era tradición de esta familia montañesa el cultivo de sus tierras de labranza y sus extensas praderías, el cuidado de sus no pocos invernales y la crianza de sus envidiables cabañas de raza tudanca. Recordemos que en estos menesteres ganaderos de alta montaña sirvieron en la Casona de Tablanca a cuatro o cinco generaciones, hasta llegar al mismo José M^a de Cossío, los legendarios vaqueros de *Peñas arriba*, Pito Salces y Chisco.

Para testimonio indeleble de lo dicho, que nadie ose desprender de un muro de la cocina perediana de la Casona el Diploma Especial de Honor que, en el Concurso de Ganado vacuno de raza tudanca, le fue concedido al jovencísimo Cossío el día 10 de noviembre de 1919, en la Feria de San Martín de Treceño. Y a su vera, de la misma fecha, la placa de bronce de la Asociación General de Ganaderos del Reino.

No será necesario, ni el propósito de esta introducción me lo permite, insistir en lo que ha significado José M^a de Cossío en el mundo de la ganade-

ría. Alrededor del vasto planeta de los toros Cossío ha hecho girar toda la galaxia de la cultura ibérica.

Las raíces más remotas de la taurofilia de Cossío germinaron en su propia cabaña tudanca y en estos puertos de pastos. Con esta misma primitiva inhesión, un día de 1914 llega a Madrid. En la habitación del hotel, donde se hospeda su ya entrañable amigo el torero Joselito (Gallito III), conoce al ganadero D. Alipio Pérez Tabernero. Por la relación con este célebre personaje y sus ganaderías en Salamanca, se animó el recién licenciado en Derecho a trasladarse a estudiar Letras en esta Universidad.

La basna de Tudanca ha muerto. Con ella ha fenecido toda una cultura agraria, etnográfica y dialectal. Pero ha quedado inmortalizado este milenario vehículo de arrastre en el estudio de José M^a de Cossío, publicado en 1949 en el *Homenaje a Don Luis de Hoyos Sáinz*. Asimismo, esta bella edición de la *Disertación ganadera* ha de ser también un documento memorable y una atestación, para futuras generaciones de estudiosos y aficionados, de ancestrales y antiquísimas costumbres ganaderas, en el cultivo y pastoreo de la vaca tudanca.

El trabajo fue escrito en agosto de 1953. En el diario inédito de Cossío puede leerse: 20-VIII-1953: «... No he pisado la calle. Trabajo... Mediada ya mi conferencia ganadera.» 23-VIII-1953: «Tudanca/Día esplendoroso. Comilona en casa del pasiego. Mus en la Lastra. Día en blanco, salvo por la noche en que termino mi discurso ganadero.» Debo advertir ante esta referencia inédita que solamente los trabajos muy acariciados y preocupantes eran dignos de mención en su diario íntimo.

Esta *Disertación* nada tiene de científica. Pero entraña por una parte un marcado testimonio de autenticidad, pues son los saberes y vivencias propias de un gran erudito y académico de la Lengua, que fue en muchos años criador de vacas tudancas en una casona ganadera. Debe apreciarse el otro aspecto que caracteriza al documento: el sentimiento. Cossío escribe aquí con una inmensa carga de nostalgia de las culturas moribundas. Ya él había dejado dicho: «No me importaría vivir ahora sin el actual progreso humano, como mis antepasados en Tudanca hace 250 años».

Rafael Gómez de Tudanca



DISERTACION GANADERA

Por José M^a de Cossío

Esta conferencia sobre la vaca tudanca en Cantabria y su pastoreo fue pronunciada en el CURSO DE FISIOPATOLOGIA DE LA REPRODUCCION DEL GANADO BOVINO, desarrollado en el aula del edificio central de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo de Santander, del 21 al 23 de agosto de 1953. Cossío pronunció su Disertación el día 27 del mismo mes y año a las 18 horas. Vide: Diario Montañés, Santander, 27 agosto 1953, pág. 3. (Datos aportados por don Benito Madariaga de la Campa).



an solo vuestra amabilidad y vuestra benevolencia pueden ayudarme a salir airosamente de la situación embarazosa en que me veo situado.

Es verdad que, hasta cierto punto,

puede decirse que ha sido voluntariamente provocada por mí, pero acaso al aceptar una participación en este curso no calculaba las dificultades que la empresa llevaba consigo y, sobre todo, aun teniendo la seguridad de que una disertación mía resultaría extraña en el ambiente estrictamente científico en que este curso se desenvuelve, la comprobación del hecho ha venido después, más imperativamente y severa de lo que había imaginado mi optimismo.

Tan en esto como digo me habéis de creer que estuve más de una vez movido a renunciar a esta conferencia que representa para mí una carga y un honor, pero el compromiso estaba adquirido, el curso en marcha y era preferible este entremés ganadero (no podrá ser otra cosa) al trastorno de estas horas en blanco y el programa incumplido por mi culpa.

Creo que es singular, o al menos juzgo infrecuente, el hecho de que en un curso estrictamente científico suba a su tribuna un hombre de letras, que al fin tal es mi profesión, e interrumpa vuestras tareas con un intermedio que nada puede tener de zootécnico, y por tanto de provechoso para vosotros. Así, pues, como tal intermedio que querría ameno

debéis considerar mi disertación para aliviar la austeridad de vuestros trabajos y desfruncir el ceño que la preocupación científica trae siempre a sus devotos.

Tal como os las digo se presentan las cosas, pero acaso sintáis mitigarse sus posibles efectos si os informo de que ante vosotros no me presento como tal hombre de letras, sino como un apasionado habitador del campo, al que nada relacionado con la vida de la naturaleza le es ajeno, frecuentador de él en cuanto se lo consienten otras ocupaciones, y que los mejores años de su vida les pasó en una aldea montañesa empleado en labores del campo y sobre todo en el cultivo de la ganadería. Mi casa, abierta para todos ustedes y para todos mis amigos, está enclavada en el pueblo que da su nombre a una variedad de ganado vacuno justamente famoso aun fuera de los límites provinciales, Tudanca, y ganado tudanco poseyeron mis ascendientes y una cabaña de este ganado cuidé yo durante ese feliz tiempo de que os hablo, que ni su desaparición provocada por los sucesos de nuestra guerra ha conseguido desviarme de la afición a sus problemas. Ello no me da derecho, lo sé, a distraer vuestra atención, pero es una disculpa de mi atrevimiento y una justificación ante mí mismo del acto singular en que ahora participamos.

No enuncia exactamente el programa de estas conferencias el tema que ha de ser objeto de la mía. El estudio del origen de la ganadería montañesa y su historia requeriría conocimientos ajenos a las disciplinas que siempre he cultivado, y de intentarlo no pasaría de ser una improvisación con la que no tendría derecho alguno para molestar vuestra atención. Algo de la historia y de la actualidad de esta ganadería podré acaso deciros, y ello porque tal conocimiento ha sido adquirido por mí directamente en el gran laboratorio de nuestros prados, de nuestras brañas y de nuestros pueblos, y este conocimiento, fruto de observación profana, no podrá instruirnos en la honrosa profesión que practicais, pero me lisonjeo de que ten-

gan un aire de autenticidad que supla su insignificancia. Y al lado de estas menudas informaciones irán otras noticias adquiridas en lecturas y estudios al parecer remotos de la zootecnia, pero que es posible que ayuden a penetrar en ciertos problemas o conocimientos, discutidos por opinables, relacionados con la ganadería.

En lo que acierta el programa es en que he de ceñirme a temas de la ganadería de la Montaña, y ello supone una limitación y una ventaja. Los problemas que aquí esclareceis puede decirse que son, en su totalidad universales, pues afectan a la biología del ganado vacuno, y en el estudio científico no caben regionalismos. Así en lo que biológicamente es el ganado vacuno sobra todo acento local, pero para penetrar en cómo se le trata, en cómo vive y en qué condiciones, es indispensable despiezar la unidad ganadera, tal como la biología puede considerar la ganadería, y tener en cuenta estos pequeños sumandos que han de dar en su suma la totalidad de tal conocimiento. O aún mejor, la agrupación por semejanzas del medio y de las costumbres para elaborar las síntesis que puedan servir de orientación a quienes se interesen por ese *cómo* tras haber apurado el estudio de aquel *es*.

Creo que si alguna región española merece el nombre de auténticamente ganadera ella es el norte de la península. Dentro de su economía campesina pesa y supone su contribución mucho más que el resto de cultivos, industrias y granjerías en el campo fundados. Y aun aquellos, en su mayor parte a la ganadería se encaminan y la sirven de apoyo o base. Pero si esta fuente de producción tiene importancia capital en todo el norte de España, en esta región de la provincia de Santander la cobra mayor por ocupar su área los montes más ásperos y elevados de la cordillera cantábrica, la feracidad de cuyos pastos al par que su escabrosidad y difícil aprovechamiento prestan un carácter especial el pastoreo y régimen de su ganadería.

Nuestros valles próximos a la costa son equiparables a cualquier región española, o de cualquier nación de Europa, apta por su suelo para mantener el ganado destinado a la producción de carne y de leche, pero en esta parte de los valles altos de la Montaña parece haberse renunciado a estos productos normales del ganado vacuno, y tan solo su aptitud para el trabajo es la que se tiene en cuenta, y en tal orientación se selecciona a los productores, y así permanece la ganadería puede decirse que milenariamente.

No he de suscitar aquí la espinosa cuestión de si es o no posible modificar suficientemente el medio para poder aspirar a ganado más productivo que el indígena que actualmente pace en nuestros puertos. He de aceptar los hechos tal como hoy se nos presentan, y el hecho es que en estos valles conservan y cuidan sus moradores un tipo de vaca ágil y fuerte, sobria y resistente, apta para el yugo e inapta para todo otro producto, que se mantiene en pastos tan escabrosos que parecen más propios para cabras que para animales del volumen y exigencias del vacuno. Esta raza con sus matices, más que variedades, de pasiega, lebaniega, tudanca o campurriana es la que consume los pastos de las altas brañas y los altos puertos montañosos.

Milenaria he llamado a la dedicación de estas gentes a tal ganado, y aunque consideraciones obvias sobre los orígenes remotísimos del pastoreo en esta Montaña pudieran persuadir de ello, poseemos por fortuna documentos en que la prueba histórica no deja lugar a duda, y además nos ofrece la demarcación de este tipo de ganado indígena nada menos que en el siglo VIII. Me refiero a un documento bien conocido de los historiadores, especialmente montañosos y asturianos, en el que se contiene testimonio de una donación hecha a la catedral de Oviedo. Pero antes de considerarle, y aunque sea anticiparnos a algunas consecuencias que de él se deducen, conviene recordar que en aquellos tiempos primitivos de la reconquista la vida en las brañas cantábricas y astúricas debió ser pobrísima.

Los primeros reyes anteriores a Alfonso III se nos presentan siempre como caudillos militares, atentos al peligro de los invasores. Como los primeros condes castellanos, hubieron de ser ganaderos y guerreros. La economía de los reinos cristianos de la alta edad media no está totalmente esclarecida, pero sin duda su base fue la ganadería, como lo prueba el hecho de que en las donaciones que conocemos de tan remotos tiempos cuentan pastos y puertos mucho más que otros bienes algunos. En testamentos de condes y personajes conspícuos es asimismo la ganadería lo que tiene mayor importancia y bulto entre sus bienes. El documento a que antes aludiera, y que es capital para el conocimiento de la historia de nuestra ganadería, se conserva tan solo en copia, y acaso no muy fiel en lo que respecta a fechas y confirmantes. Pero por la época en que estos vivieron se remonta a los tiempos del Rey Ordoño y no puede ser anterior al año 850. Se trata de la donación del monasterio de Santa María del Yermo, en Cohicillos, bien conocido de todos los montañeses, a la catedral de Oviedo. Se enumeran en él primero las iglesias y sus pertenencias correspondientes al monasterio, que se ceden a la catedral ovetense, y a continuación se deslindan los pastos con estas exactas palabras: «En el territorio de Campoo las brañas, pastos, que el vulgo llama *seles*, desde la Lama hasta donde dicen Pilella, y otra donde dicen Fonfría hasta Sexos y otras en Moneo sobre San Sebastián de Verganda. Y desde el río Deva hasta Trasmiera y por las orillas del mar los pastos en todos los sus lugares, sin montántico». El terreno demarcado es exactamente el área de la vaca Tudanca. Arranca de los lugares que hoy llamamos Colladas Lamas, partiendo jurisdicción, y desde allí por Sejos hasta el que llama Moneo y hoy llamamos Monegro, término de Peña Sagra en San Sebastián de Garabandal. Pasa a la cuenca del Deva y desde Unquera delimita toda las Asturias de Santillana, que excepcionalmente en este documento llama de Cangas, hasta Trasmiera. El centro de este área así delimitada lo constituye el nudo montañoso de la Cordillera cantábrica caracterizado por los altos de Sejos que terminan en Peña Labra y, atravesando la cortadura del río Nansa, se continúa por el

pequeño sistema orográfico que hacia el norte termina en Peña Sagra y sus estribaciones hasta la costa. En frente quedan los ingentes Picos de Europa cuyas pendientes no son aprovechables más que por rebecos y en la opuesta vertiente los puertos que miran y pertenecen a las actuales provincias de Asturias, de Palencia y de León, los Pirineos que limitan la Cantabria.

Tal el escenario de las vicisitudes de este ganado indígena, que sigue siendo el mismo que hoy ocupa. En un documento, pues, del siglo IX encontramos la primera referencia a la unidad ganadera de este trozo de nuestra montaña. Como observación filológica que puede tener interés está esa palabra *seles*, que los latinistas que redactaron el documento consideraban como extraña al idioma del Lacio, y por ello cargan su responsabilidad a los rústicos de entonces que la usaban. Hoy sigue usándose habitualmente, y se denomina así el lugar donde el ganado se reúne para *midiar* o sestear y dormir.

Con estos datos geográficos no es difícil conjeturar el régimen que con este ganado se seguía. Sin duda la posesión de praderías y pastos abundantes en la costa hacía que en ella se retuviera durante el invierno y parte de las estaciones de otoño y primavera y que saliera hacia los puertos altos de la cordillera al llegar la buena estación. Es decir, aproximadamente, como hoy se practica, como datallaré enseguida. Son muchos los testimonios medievales de la práctica de esta pequeña trashumancia. Un pequeño problema se suscita sobre el régimen a que el ganado estaba sometido durante el invierno en las tierras de marina. Lo más probable es que en aquel tiempo no se estabulara y fueran suficientes los pastos de los Valles de la marina para su sostenimiento. Ordenanzas muy viejas, aunque no tanto como el documento de que vengo valiéndome, y ello apoya más nuestra opinión, nos hablan de la obligación que imponían a los vecinos de las aldeas de las Asturias de Santillana de no cortar los pajones (*mijotes*)

se llaman aún en aquellos sitios) hasta el día de San José, para que pudieran aprovecharlos los ganados en caso de necesidad si el pasto era escaso. Si esto prueba que no se estabulaba el ganado en tiempos en que ya era corriente el cultivo en la Montaña de esta planta americana, es seguro que de tiempos anteriores procedía la costumbre. Corrobora lo mismo la libertad de pastoreo de que aún quedan restos en la Montaña, y documentos y ordenanzas bien explícitos de entonces. Es seguro que durante toda la edad media todos los predios de los pueblos, fueran comunes o particulares, podían ser pacidos por los ganados. No se excluían ni las mieses y praderías, si bien estas estuvieran reservadas de ser utilizadas por el ganado hasta tanto que estuviera el fruto recogido. Y precisamente de este derecho procede la costumbre que aún perdura de la derrota, combatida ardientemente cuando la agricultura y el cultivo intensivo de las praderías sobreviene, y que supone un abuso de esta pequeña trashumancia, como los que lamentaba Jovellanos en la gran trashumancia ibérica al hablar de «la peste de la Mesta».

Cuando toda esta zona constituía una unidad y dependía de un solo señor, o más adelante aún eran enormes las extensiones destinadas al ganado de un solo dueño, podía seguirse este régimen de pastoreo constante, pero al irse independizando los pequeños poblados y al cobrar fuerza las instituciones municipales ya no era posible esta ortodoxia pastoril. Y sobre todo era físicamente imposible en los poblados altos que se veían invadidos por la nieve gran parte del invierno, y no tenían más remedio que almacenar reservas de yerba para suplir la imposibilidad del pastoreo. Mas su participación en los derechos sobre los puertos altos hizo que adoptaran un régimen mixto de estabulación y pastoreo que es el que aún perdura en la parte alta de la cordillera. Naturalmente estos montañeses almacenan en los pajares que poseen en los pueblos la hierba que recogen en su mies o en la cercanía del poblado, pero supone una dificultad infranqueable el traer a tal lugar la de las praderías altas que distan a veces

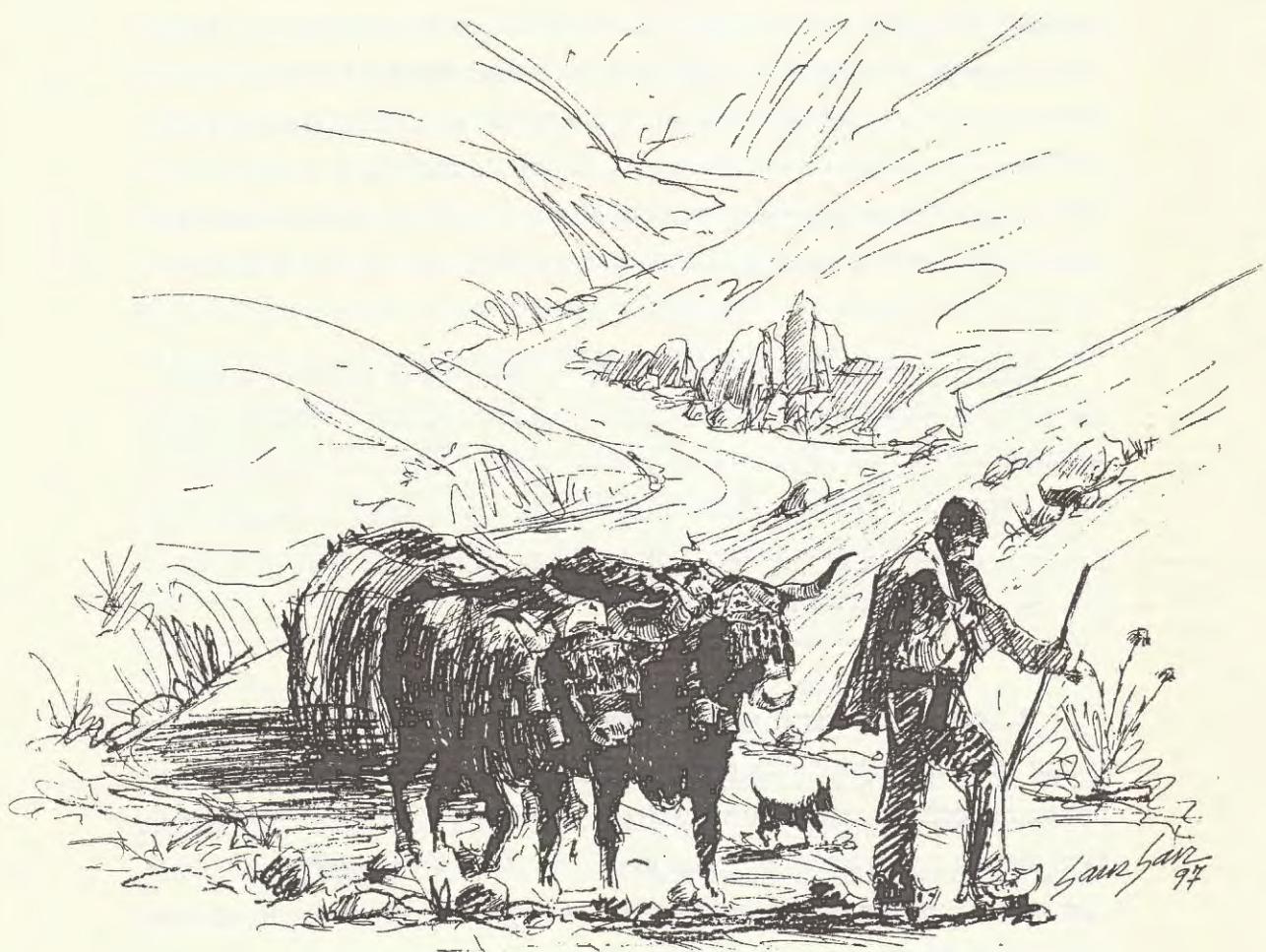
varios kilómetros de la aldea y por caminos puede decirse que impracticables. Tanto que aún se conserva, y precisamente en Tudanca, un medio de transporte primitivo y no poco ingenioso de transportar la hierba, que resuelve el problema para las praderías próximas: las basnas. Es este un artefacto de arrastre, semejante a las narrias, aunque mucho más complejo, que arrastran cargado de hierba los bueyes. En otro lugar la he descrito. En ella el elemental sistema de arrastre ha sido servido con un ingenio y artificio que da la impresión de una transformación lenta de este vehículo hasta lograrse la perfección en que ahora le vemos. La dificultad del problema de transporte por estos agrios y pendientes caminos tenía la solución lógica de mejorarlos hasta poder servir el tránsito rodado normal, mas (permítidme la breve divagación) el no haberlo hecho creo que dependió del carácter insolidario del montañés. El uso de la basna obedece, pues, a una necesidad, y significa la solución individualista de un problema planteado por la naturaleza y que sólo en virtud de una solidaridad y un esfuerzo colectivo podría haber encontrado la solución racional de construir los caminos adecuados para el transporte con vehículo de ruedas. Estos montañeses prefirieron la solución individualista, y cada cual construye su basna.

El servicio mayor que prestan en el valle de Tudanca, al que me estoy refiriendo, es el de bajar la hierba que se recoge en sus prados del Concejo. Estos están situados en los altos de las montañas que rodean el valle, y su hierba la aprovecha el ganado en las cuadras de los pueblos. Poseen prados del Concejo tres pueblos, a saber, Tudanca, La Lastra y Santotís, y acaso interese a ustedes conocer el funcionamiento de esta propiedad comunal, creo que singular en España. Las ordenanzas municipales antiguas previenen en todos estos pueblos la obligación de poseer toros sementales de garantía por su raza y aptitudes para servicio de la ganadería del pueblo. Los adquiría el Concejo, que, si bien ha perdido con las modernas leyes municipales importancia y medios de actuar, conserva

aún su carácter administrativo en muchos lugares. Necesitaba el toro cuidados y pastos, y para él funcionaba el mismo régimen mixto de estabulación y pastoreo, si bien éste con mucha mayor libertad y autonomía como era natural, ya que se trataba de propiedad de todos. Para proveerle de heno en el invierno disponían de un prado que llamaban del toro, pero la desamortización comprendió estos prados entre las fincas desamortizables y desaparecieron en casi todos los pueblos. Quedan el recuerdo y el nombre en algunos, como San Sebastián de Garabandal, en Río Nansa, en Uznayo en Polaciones, en Santiurde de Reinosa en la pradera de Temida, y poco más. Este creo que es el origen de estos prados concejiles. En el valle de Tudanca se consiguió que no fueran vendidos. La institución comunal tenía mucho más vuelo e importancia que en estos otros casos, y precisamente los señores de la Casona de Tudanca, políticamente influyentes, consiguieron la excepción. A ello se debió que se conservaran. Los tres prados que mencioné tienen parecidas características, e idéntido régimen para la distribución de sus frutos y así diré con algún detalle tan solo del prado del Concejo de Tudanca. El prado es muy grande, enorme puede decirse en esta tierra del minifundio. Ocupa cumbre y collado de la pequeña sierra que limita el valle por el poniente, y puede calcularse que produce cada año un promedio de unos mil carros de hierba. Téngase en cuenta que no se le presta más cultivo ni cuidado que el abono de las vacas que en él pastan y en las épocas muertas para los frutos. Está dividido en ocho grandes porciones o *partidas*, amojonadas y siempre las mismas. Los noventa o cien vecinos del pueblo participan en el sorteo de las suertes que se hacen en cada una de estas partidas. Son tantas las suertes como los vecinos, y las parten y señalan generalmente seis vecinos cada partida, por un procedimiento mixto de medida y cálculo a ojo tan fácil de comprender viéndolo como difícil de explicar. Como cada año el número de participantes es distinto, pues varía el número de vecinos, es preciso hacer la operación todos los años, y el conocimiento de terreno y la práctica hace que esta operación, que sería ardua para

agrimensores técnicos, sea fácil y se logre felizmente por los partidores, designados por vecería entre todos los vecinos. El sorteo se hace en concejo abierto, y el día que corresponde a la primera partida se comprueba el derecho de los vecinos que han de participar en el reparto. Se considera como tal a todo el que haya contraído matrimonio antes del primero de enero del año correspondiente, y es corriente que los que lo hayan hecho después soliciten autorización para ser incluídos, a lo que suele accederse, aunque no siempre. La petición la hacen boina o sombrero en mano, y la resolución se acata sin discusión. Es preceptivo consuetudinariamente que el voto de sólo un vecino tenga valor de veto, y ello porque juegan intereses de cada uno, y la modificación de la ley que garantiza el disfrute de los derechos del prado sólo puede ser hecha por unanimidad. El aspecto comunista, en el sentido gramatical de la palabra, de esta institución se modifica esto sabido, en un sentido marcadamente individualista. El interés de todos es la suma de los intereses de cada uno. En una bolsa se introducen las tablillas cada una con el nombre de un vecino y van sacándose, y por su orden se adjudican las suertes de cada partida. Antes, los partidores han explicado la manera como está hecha la partida o división del prado, descubiertos también y con todo el respeto y solemnidad que corresponde a un acto ritual e importante. Esta operación se repite en cada una de las ocho partidas, y la siega se hace simultáneamente por todos los participantes, sin empezar nueva partida hasta haber terminado la anterior. La hierba baja en las basnas, que, como he dicho, en este prado tienen su mayor aplicación.

Pero la mayor parte de la hierba la tienen en praderías mucho más distantes, y esa la recogen en casas especialmente destinadas a ello que llaman invernales. Constan de cuadra y pajar que ocupa la parte alta. Todas están construidas de la misma manera. La armadura es de madera, y se apoya sobre postes independientemente de las paredes. No he de entrar en detalles de su construcción, pero sí notaré que las hay de un solo cuer-



po o nave, que podríamos decir forzando la significación de esta palabra, de nave y media, que llaman de cuerpo y vera y de dos cuerpos o naves. Las primeras suelen ser capaces para unas veinte o veinticinco cabezas, las de cuerpo y vera para treinta y cinco aproximadamente y las de dos cuerpos llegan a hacer hasta sesenta prisiones. El ganado lo prendan con un collar de avellano con su llave, asimismo de madera, al que llaman cebilla, y ésta de un peal de avellano retorcido, y ya generalmente de hierro, a la pesebrera que es continua y sin divisiones. El orden en que se prendan en los pesebres las reses es problema que el vaquero resuelve teniendo en cuenta las condiciones y fuerza de cada vaca, pues si no se hiciera con el debido pulso podría dar lugar a que, por su fortaleza o por su gula, alguna no dejara comer, al menos pacíficamente, a la de al lado.

La hierba de las praderías entra en estos invernales al tiempo que la recolección, y según los alcances del invernal y la condiciones del pasto prenden en ellas en una u otra época del otoño o invierno. Naturalmente que la base del pasto es el término común, y por tanto la bondad del invernal, tanto o más que de la calidad de la hierba que guarda, se valúa por los alcances de pastos que tiene.

A veces el invernal es poco más que un pretexto para que en él hagan residencia las vacas para aprovechar los pastos del contorno. El graduar la ceba es asimismo secreto del vaquero que ha de tener en cuenta el estado y condición de cada vaca para darle el tratamiento de ceba adecuado. Comprenderán ustedes que en ocasiones al mismo tiempo se está dando hierba en el pesebre al máximo a una vaca parida, en lo que una novilla estiel apenas la prueba. El agotar la ceba antes de terminar la invernada es deshonra del vaquero que provoca burlas y vejámenes, y a veces ha dado lugar a trova, o romances compuestos por los mismos vaqueros en que se narra y hace burla del lance.

La vida de los vaqueros es trabajosa. Hay épocas en que viven en el invernal al tiempo que las vacas permanecen en él, pero otras tienen que bajar al pueblo a otros trabajos, especialmente en primavera a la preparación de la siembra de las mieles y es trabajoso volver ya de noche muchas veces al invernal, y si las vacas no han *acurriado*, es decir no han acudido a la cuadra, buscarlas por el monte o las brañas, operación fatigosa teniendo en cuenta lo accidentado del terreno y la oscuridad de la noche. Su comida habitual la componen la leche y la torta del maíz. La leche suelen tomarla cruda, pero a veces la hierven, y esta operación creo que merece un comentario. Como las vasijas que usan son de madera, no pueden arripiarlas a la lumbre. Suelen estas vasijas ser de dos maneras, jarra y jarro, que llaman zapita y jermoso. La primera tiene pico y asa, en tanto el jermoso tan solo dos asas. La forma, inalterada de fijo desde tiempo inmemorial, y que por cierto en la jarra especialmente no carece de elegancia, persuade de la antigüedad de su empleo. Pues bien, los vaqueros han resuelto también desde tiempo inmemorial el problema de hacer hervir en ellas la leche. La solución no puede ser más primitiva, y ya la practicaban indios americanos al tiempo de la conquista. En efecto; cuenta Alvar Núñez Cabeza de Vaca en sus *Naufragios*, libro incomparable en que relata su odisea desde las costas de Florida a la capital de Méjico, atravesando todo el sur de los actuales Estados Unidos, la industria de que se servían indios de hacia Chihuagua para cocer en calabazos legumbres y otros elementos. Dice así: «Dábanno a comer frísoles y calabazas; la manera de cocerlas es tan nueva que por ser tal, yo lo quise aquí poner para que se vea y se conozca cuán diversos y extraños son los ingenios e industrias de los hombres humanos. Ellos no alcanzan ellas y para cocer lo que ellos quieren comer, hinchen media calabaza grande de agua y en el fuego echan muchas piedras de las que más fácilmente ellos pueden encender, y toman el fuego, y cuando ven que están ardiendo tománlas con unas tenazas de palo y échanlas en aquella agua que está en la calabaza, hasta que la hacen hervir con el fuego que las piedras llevan, y cuando ven que el agua hierva

echan en ella lo que han de cocer, y en todo este tiempo no hacen sino sacar unas piedras y echar otras ardiendo, para que el agua hierva, para cocer lo que quieren, y así lo cuecen». Hasta aquí Alvar Núñez. Entre los vaqueros las piedras peladas de arroyo son las preferidas por retener mejor el calor, y cuando están al rojo las toman con una rudimentaria pinza hecha con una vara de avellano, que no es sino un arquillo de esa madera que juntan por los extremos, como las empulgueras de una ballesta, y a las pocas que caen en el jarro hierva la leche que, por dejarlo todo dicho, toma un saborcillo a requemado muy agradable.

La torta de maíz la amasan y preparan ellos mismos y la cuecen arrimándola al fuego. El secreto está en que sea lo más delgada posible, y en esto los maestros del oficio llegan a conseguirlas tan delgadas como una hoja de papel. Algun parvo beneficio de la matanza completa su alimentación. Va perdiéndose la costumbre de la torta, pues hoy casi todos suben tortas de pan, comprado en panadería y no hecho en el horno casero como ha sido costumbre hasta hace muy pocos años.

Los demás utensilios del invernal son asimismo de madera, y así el roero, especie de rastrillo para limpiar el abono de la cuadra, la pala con que se ayudan, el corzón, especie de narria que utilizan para extenderle por el prado y en una palabra cuantos objetos componen el rústico ajuar, ya que duermen en la hierba del pajar y llevan en su ropa ordinaria sábanas, almohada y mantas. Esta civilización rústica pudiera bien llamarse de la madera, como otras se han llamado de la piedra o del bronce.

Pero volvamos al cuidado de las vacas. Como dije las permanecen en los invernales en tanto hay que complementar el escaso pasto de estos meses muertos del invierno. La administración de la yerba ha de ser meticulosa, pues las cosechas son cortas, y ellos tienen a gala su maestría en el pastoreo, su conocimiento del terreno para aprovechar hasta las últimas

hierbas que quedan entre las peñas, teniendo puesto un amor propio en no haber empezado a gastar la hierba del pajar hasta enero. En estos invernales aguantan las nevadas, y lo grave del caso es que sean tan pertinaces que lleguen a hacer imposible el tránsito. El vaquero se sostiene en el invernal con las vacas, y si llega el trance de terminar la hierba, el cálculo de los que permanecen en el pueblo previenen este accidente, salen todos los vecinos útiles pertrechados de palas y azadones a hacer huelga, es decir a habilitar el camino para que pueda trasladarlas a otro invernal donde tenga ceba. Este servicio, penoso, y en no pocos casos arriesgados se hace con una naturalidad perfecta, y nadie deja de acudir a la llamada, pues lo consideran como un deber sagrado. No es de extrañar que la palabra invernada tenga en estas montañas un sentido lúgubre y pavoroso.

Las vacas suelen salir de estos atragantos famélicas y ultrajadas, pero en el caso peor es bastante que se sostengan en pie, pues en quince días de primavera, es decir del disfrute de los puertos que podríamos llamar semialtos de la cordillera, reponen todo lo perdido y quedan en disposición de subir a los altos puertos veraniegos. Las concordias de los diversos pueblos previenen el día, hacia el veinte de junio, en que deban subir al puerto. La buena administración exige que las cuide por lo menos un pastor y dos muchachos ayudantes, serrojanos se les llama, por cada cabaña de pueblo. Los que están lejos cumplen puntualmente y por propio interés esta ordenanza, pero en los pueblos altos que confinan con las cumbres, por la facilidad de visitar los ganados, no lo hacen con tanta puntualidad, y no es raro que haya cabañas fiadas a la Providencia y a la diligencia de los dueños que escalonadamente las visitan y comunican cualquier novedad que ocurra al ganadero interesado.

El día 4 de octubre es el señalado para dar por terminada la temporada de verano. El maestro don José María de Pereda ha dedicado una deliciosa *escena*, de la serie de las montañesas, a la solemne rendición de

cuentas del vaquero a los vecinos que esperan hacerse cargo de su ganado. El vaquero informa de los acaecimientos más importantes, justifica los luctuosos y desagradables, presenta cuernos o piel justificativos de las reses muertas, y muchas veces es largo el razonar de ganadero y vaquero cuando aquel cree que no ha puesto éste excesiva diligencia en su labor, lo que se traduce en dificultades para que el presunto perjudicado abone la parte alícuota de la soldada.

Es de notar el apasionado entusiasmo del montañés por la ganadería vecina, por la que están dispuestos a sacrificarse cuantas veces sea preciso. Cualquier vecino conoce todas las vacas del pueblo, su pertenencia, su genealogía y sus cualidades. si van al monte por leña, u otro menester cualquiera, dan noticia de las reses que han visto, del lugar y la hora, al propietario de ellas. Los bueyes, a los que no alcanza este régimen primitivo, y que tan solo pacen en el verano en la dehesa boyal, y ayudado por el pienso o panojas, son objeto de los cuidados más solícitos. A un viejo le oí advertir a un criado de un sobrino suyo al que se le exigía rudo trabajo, y refiriéndose a otro vecino muy cuidadoso y hasta mimoso de sus bueyes: -Más te valiera ser buey de Felipe, que no criado de mi sobrino. Y hasta cierto punto tenía razón.

Este apasionamiento por el ganado vacuno les lleva, por reacción celosa, a odiar el ganado de otra especie que se mezcla en los puertos con sus vacas. Las yeguas son particularmente objeto de su odio. El respeto a lo que pudiera suceder les contiene, pero no es raro el que las hagan vilezas y violencias para alejarlas del pasto y escarmentarlas para que no vuelvan. Como resumen de la desestima en que las tienen bastará que les diga a ustedes que las llaman siempre *las burras*, aunque sean de la mejor raza.

Esta vocación de vaqueros se despierta en los aldeanos de estos valles a que vengo refiriéndome desde niños. No es raro verles jugar a ser vellos, que es como aquí llaman los añojos, y con una cebilla al cuello atarse ellos a un poste y permanecer horas haciendo de ternero en tanto sus compañeros de juegos fingen los cuidados que con los tales ven tener a los mayores. Recuerdo una anécdota muy expresiva de esta absorbente afición a la ganadería. Había en Tudanca un maestro de gratísimo recuerdo, nacido y criado en el pueblo y con harta mayor afición a la ganadería que a la pedagogía. Una mañana, en plena actividad pedagógica en la escuela, sintieron sonar los campanos de una cabaña de vacas que sin duda mudaba de invernal. Porque esta operación de traslado del ganado se reviste de un rito grave. Van delante las vacas estieles más garridas y gordas haciendo sonar los campanos, y entre ellas el toro, majestuoso e imponente. Siguen las novillas y ganado ligero y al final las vacas paridas con sus crías. El vaquero con perro y zurrón, ayudado de algún serroján, gobierna este conjunto con mesura y gravedad. Sintieron, como digo, el paso de la cabaña y automáticamente todos los chiquillos se lanzaron a la puerta para ver el paso del ganado. El maestro no podía tolerar tal falta de disciplina, y a gritos y con la vara logró que todos ocuparan su puesto. Cuando esto sucedió, les dijo: -No consiento la indisciplina en la escuela, pero cuando pase una cabaña yo saldré al frente de todos para verla; y en el acto, tomando la delantera, salió a la puerta de la escuela y presenció con sus alumnos el paso del ganado, entreverando los comentarios adecuados.

Quiero ya en este final de mi conferencia contaros de una habilidad y operación que supone a mi ver un conocimiento y casi identificación del vaquero con el ganado. Se trata de la operación que llaman *poner una cría*, y que no es sino lograr que una vaca admita como propia una cría ajena, y como madre la consienta mamar y la cuide. En ganado más abundante de leche no existe este problema, resuelto con ordeñar y dar a beber a la cría en un cubo o recipiente adecuado. Pero además de la escasez

de la leche, el haber de estar en el puerto larga temporada las vacas con sus crías, plantean este problema que podríamos llamar de adopción. El modo de resolverla es singular y de carácter auténticamente psicológico. Se trata de hacer creer a la vaca que la cría ajena, que ha de atender, la ha parido ella. Para esto se finge el parto con la mayor propiedad. Se prepara la cría untándola con un cocimiento de huesos y cecina, cuyo olor parece apropiado para el caso. Se hace un como muñeco con un palo de unos diez centímetros de longitud que se envuelve en trapos (*). Este chisme ha de untarse en aceite para introducirle en la matriz de la vaca justamente con la mano y ya dentro invertir su posición. La vaca hace grandes (y supongo que dolorosos) esfuerzos para expulsarle. Y al cabo de un rato de esta brega, el vaquero que dirige esta farsa hace grandes demostraciones y presenta a la vaca, como un juego de escamoteo y aparición, la res, que se pretende que críe. Generalmente la vaca admite el engaño, pero en casos se recela, y hay que acudir al expediente de encelarla. Ello lo hacen presentándola y retirando la cría, sobre todo introduciendo en la escena un perro y a veces un gallo y otros animales. El conocimiento del estado psicológico de la vaca es fundamental para tales manipulaciones. Unas veces es preciso apurar todos los recursos; otras basta con muy pocos. Cuando la vaca engañada o rendida al instinto maternal empieza a lamer a la cría es seguro que la ha aceptado como propia. No siempre es la operación tan complicada. Los expertos penetran desde el principio el carácter de la vaca y pronostican la dificultad. Esta operación no está al alcance de todos, y es raro, en lo que alcanza mi memoria, que haya más de un par de especialistas aptos para hacerla con éxito.

Hora es ya de dar fin a estas insignificantes noticias. Nada habréis aprendido en ellas, y si acaso lo que no se debe hacer con el ganado. La

(*) Nota del Transcriptor: En estas fechas de la transcripción de esta conferencia (año 1997) aún se conservan en Tudanca las mismas prácticas de *Poner una cría*. El «muñeco» a que se refiere el autor se llama aquí *enrabáura*, y el cocimiento que se hace con huesos rancios y otros elementos en salmuera para untar la cría, se llama *cueza*.

sobriedad de las razas indígenas creo que aumenta con el tiempo por la prosecución tradicional de este régimen de hambre. Ahora bien: ¿será posible sustituir este ganado por otro zootécnicamente más valioso y económico más productivo? ¿O será fatal el seguir produciendo este ganado duro y nervioso, incomparable para el trabajo, pero inadecuado para otro producto cualquiera de mayor rendimiento? No me atrevería yo a contestar a estos interrogantes. Lo que sí puede asegurarse es que el cambio de razas había de estar precedido por una modificación del medio, y aún así dudo que estas montañas dispongan de suficientes terrenos utilizables para prados, y los escasos que hay se encuentran destinados a producir hierba henificable; pienso que no alcanzarían a mantener una ganadería equivalente en producción a la que hoy pastorean. Pero mucho se podría mejorar, y esta es labor a la que vosotros, los veterinarios que atendéis al ganado de estas montañas podéis ayudar con vuestro consejo y vuestra ciencia. Porque la labor de prevenir y mejorar las condiciones fisiológicas del ganado es tan importante como la de curar y remediar sus enfermedades. Y en las condiciones precarias y primitivas en que esta ganadería se desarrolla es posible que se encuentre el germe de degeneraciones o enfermedades que pudieran prevenirse.

Y termino. Para mí ha sido un honor compartir con vosotros este rato de conversación, aunque nada halláis lucrado de él. Yo sí, por lo menos el honor de dirigirme a unos hombres, practicantes de una benemérita función social y económica, para la que es preciso una preparación auténticamente científica, como demuestra este cursillo, y como lo probaría, si fueran precisas pruebas de hechos tan obvios, la figura de Ramón Turró, cuyo recuerdo insigne señoorea en España como bandera gloriosa vuestra profesión.

ADDENDA
DOS POESIAS INEDITAS
DE JOSE MARIA DE COSSIO

Joneto —

Divita uno de Lope.

Por favor que me busques ~~raza~~ quequiero,
si bajas al ~~merca~~do de la villa
~~maura~~
Mi ~~taranga~~ ~~marita~~ mi gentil mulita.
Una que perdi aqui mismo por ~~fuero~~.
De ti pende mi alma en lo que espero.
Tu vuelta --- Trae que colme tu vestidura
de borona caliente y mantequilla ----
¡que regrese feliz por el sendero
que huir la vio! --- ya sabes las estrales
que te di; ya sus morros eran tales
como los de la rana madre, ~~humano~~
sus ojos miraran, desordenadas
sus ~~testuz~~ las uñas despeinadas
conservaran la suelta de mis manos.

Flore María de los ri

SONETO
(Imita uno de Lope)

Por favor que me busques zagal quiero,
Si bajas al mercado de la villa,
Mansa y tasuga mi gentil novilla,
La que perdí aquí mismo por Enero.
De tí pende mi alma en lo que espero
Tu vuelta... Trae que colme tu cestilla
De borona caliente y mantequilla...
¡Que regrese feliz por el sendero
Que huir la vió!... Ya sabes las señales
Que te dí; ya sus cuernos serán tales
Como los de la vaca madre, humanos
Sus ojos mirarán, desordenadas
Del testuz las melenas despeinadas
Conservarán la huella de mis manos.

José María de Cossío

VAQUERA

(a modo del Marqués de Santillana.
A la Marquesa de Velasco)

Junto a Santillana
en la carretera,
garrida y lozana
topé una vaquera.
Pregunté cuyo era
todo aquel ganado
que en el fresco prado
pastando se viera.
Yo sólo anhelaba
escuchar su acento;
mas ella, severa,
tan sólo confiaba
suspiros al viento.
Como el de Mendoza,
taimado marqués,
quise que la moza
dijera quién es.
- Gozo que alborozá
- díjele rendido-
célese en buen hora,
guárdese escondido;
mas sepa, señora,
qué pena os aflige
si el amor transige,
hay quien ya os adora.
- Bien se ve el viajero
- contestó enojada-
que ni alcanzáis nada
de mi amor señor;

amor verdadero
requiebros no admite;
menos los permite
la ausencia que lloro.
Guardé mi decoro,
dejé a la vaquera;
quien placeres quiera,
búsquelas con oro.
En la carretera,
junto a Santillana,
severa y lozana
dejé una vaquera

(Tornada)

En la Finojosa,
Marqués, os topásteis
moza tan fermita
cual otra no hallásteis.
Distraído cruzásteis
por vuestros estados:
moza más lozana
guardando ganado
hallé en Santillana.

*José M^a de Cossío
(1914?).*





(